

BETELGEUSE 672

*Seudónimo: **IGITUR***

Sábado, 11 de junio de 2024, 08:35 UTC. Cuarenta minutos después del comienzo de la explosión en forma de supernova de Betelgeuse, supergigante roja de la constelación de Orión.

Videoconferencia entre los consejos científicos de todas las agencias espaciales y los principales observatorios astronómicos del mundo. Dirige la reunión el presidente de la Agencia Espacial Europea.

—Queridos colegas: hemos asistido a un acontecimiento único. Betelgeuse, el vacilante lucero que tantas horas de observación nos ha regalado, ha muerto como estrella. A la Luna le ha salido una competidora en el firmamento.

Gritos de aprobación, aplausos y miradas de complicidad entre todos.

—El objeto de esta reunión, sin embargo, no es recrearnos en el espectáculo sino compartir una serie de datos rigurosamente contrastados que el fenómeno nos ha posibilitado obtener. Les ruego que abran su mente de científicos y guarden silencio.

»En primer lugar, se constata que la disminución de su tamaño aparente y el oscurecimiento de 2019 no fueron ocasionados por la interferencia de una nebulosa de gas como se había postulado, sino que fueron el necesario preludio de su inminente desintegración. Una vez más, estábamos equivocados.

»En el momento de la explosión, Betelgeuse se hallaba a 672 años luz de la Tierra. Hoy hemos observado, pues, lo que en términos de contabilidad humana realmente ocurrió en 1352. Gracias a Dios, debido a semejante distancia no hemos de preocuparnos por la gigantesca proyección de rayos cósmicos que estos sucesos originan. No necesito recordarles las consecuencias de un hipotético caso a menos de 100, no digamos 50 años luz, aun tratándose de una estrella mucho menos masiva: la aniquilación de todo tipo de vida en nuestro planeta.

»Ahora, escuchen: en contra de lo que suponíamos, la fulminante muerte de Betelgeuse no ha sido el inevitable desenlace de una supergigante roja al término de su vida. Hay una explicación alternativa basada en un nuevo modelo de una robustez contrastada. Les ahorraré los detalles, pero sepan que el fenómeno ya se ha dado en numerosos momentos de la Historia. Comienza con el cambio repentino de apariencia del astro, como observamos en 2019, y tan sólo unas semanas, meses o pocos años después, el proceso concluye invariablemente con su explosión y consiguiente radiación ionizante. Y esto, óiganme bien, puede sucederle a cualquier estrella de nuestra galaxia en cualquier fase de su ciclo evolutivo, independientemente de su masa y composición interna. Cualquier estrella, repito, incluso en su secuencia principal, puede sufrir el proceso con las mismas desastrosas consecuencias.

—¡Imposible! Lo que dice no se sostiene con las leyes físicas conocidas.

—Esa es la cuestión. Este episodio ha permitido formular una nueva teoría del todo: ¡hemos conseguido la unificación definitiva de las leyes de la Física! El fenómeno, entiéndanlo bien, no es un caso aberrante que necesite una explicación particular; al contrario: es consustancial y necesario para la propia existencia del universo.

—¿Se sabe qué lo desencadena?

—Sí.

—Continúe.

—Abran sus mentes, les dije al principio. Háganlo, necesitamos hacerlo todos. Sin posibilidad alguna de error, el modelo establece que es la historia del hombre la única causa, necesaria y suficiente, de activación del proceso. Quedan excluidos cualesquiera otros factores exógenos. Así de sencillo.

»Todas y cada una de las emisiones de rayos cósmicos históricamente registradas están asociadas a algún evento de alcance global y naturaleza crítica para la especie humana: grandes guerras, pestes, crisis políticas, económicas, demográficas, hambrunas... Todas las observaciones modernas y aun las recogidas en antiguas fuentes chinas y babilónicas se ajustan escrupulosamente al modelo.

Sólo un ejemplo: el astro fulgurante del año 5 a.C. registrado por los sabios de la época y por la tradición bíblica está indiscutiblemente asociado a la caída del Nuevo Imperio egipcio en 1069 a.C. Resumiendo, la peste negra del siglo XIV ha sido la que ha hecho desaparecer el lejano mundo de Betelgeuse. En 1347 —2019 para nuestros telescopios— se detectaron los primeros casos de peste y Betelgeuse comenzó a mudar consecuentemente de apariencia.

—¿Está diciéndonos que los hombres somos dioses y estamos conformando el universo?

—Interprétenlo como quieran. Las evidencias son irrefutables. El fenómeno está suficientemente acreditado y es repetible en cualquier momento. Sólo podremos observarlo, claro está, pasado el tiempo que la luz tarde en llegar hasta nosotros desde allí donde el proceso acierte a desatarse. La buena noticia es la bajísima probabilidad de que esto ocurra en una estrella tan cercana como para exterminar al género humano, a pesar de las locuras que somos capaces de perpetrar y las pandemias que cada tanto padecemos.

El director del observatorio de Atacama solicitó el turno para intervenir. A las 08:44 UTC, Próxima Centauri, la enana roja distante 4 años y 3 meses luz de la Tierra había incrementado de improviso un 40% su diámetro y disminuido 2,5 veces su brillo sin razón aparente que justificara tal comportamiento.